

LA DIALÉCTICA SABER/PODER EN MICHEL FOUCAULT: UN INSTRUMENTO DE REFLEXIÓN CRÍTICA SOBRE LA ESCUELA

ANASTASIO OVEJERO BERNAL y
JUAN PASTOR MARTÍN*

Michel Foucault supone una herramienta extraordinariamente potente para reflexionar críticamente acerca de las prácticas educativas que se ejercen en la escuela. Concretamente, en este artículo nosotros vamos a utilizar a Michel Foucault para reflexionar críticamente acerca de la relación entre saber y poder, así como sus posibles implicaciones para la práctica escolar; pues ambos aspectos, saber y poder, se están ejerciendo explícitamente, sin rodeos, en la escuela.

With this article we try to question the relationship between psychology and medicine through "History of madness" by Michel Foucault. In this work, Foucault criticizes the institutions of the 16th and 17th century, where everyone who was out of "normality" was imprisoned. Then, Foucault, will report -this is what will interest us most- the medication of these institutions after the big psychiatric reform of the 18th century, where the abnormality will be medically redefined as "mental illness".

1. La dialéctica saber/poder

En toda su “vida filosófica”, Foucault no va a dejar de criticar la idea trascendental de VERDAD (como verdad objetiva, neutra, necesaria y universal). Va a criticar también la oposición entre discurso verdadero y discurso falso como un sistema de exclusión (oposición que Foucault sitúa en Sócrates y Platón frente a los Sofistas). Se trata, pues, de denunciar el discurso de LA VERDAD (con mayúsculas), un discurso que exige absoluta sumisión. Foucault nos invita a poner en duda toda VERDAD... o cuando menos a preguntarnos qué ocultos efectos de poder persigue. Ésta es la

* ANASTASIO OVEJERO BERNAL y JUAN PASTOR MARTÍN son Profesores del Departamento de Psicología de la Universidad de Oviedo.

cuestión: plantearnos la “voluntad de VERDAD” como “voluntad de PODER”, ver el saber como un instrumento del poder. Para Foucault, detrás de la fachada de la VERDAD se esconde toda una voluntad de poder, y esta VERDAD no es más que una justificación para aplastar y dominar, para exigir conformidad y sumisión. Y es que el conocimiento, el saber, impone una doble represión: la que condena al silencio los discursos “excluidos” y la que determina y ordena los discursos “aceptables”.

El poder supone, por tanto, la otra cara (la cara oculta) del saber y de la verdad. La verdad es de este mundo, como nos ha mostrado extraordinariamente el pensamiento postmoderno, basado sobre todo en Nietzsche, Heidegger y en el segundo Wittgenstein (Ovejero, A., 1999) y está sujeta, por tanto, al poder. La verdad no existe aislada de los sistemas de poder que la producen y mantienen. Así, el poder está determinando, tanto qué discurso es aceptado como verdadero, como qué criterios, procedimientos, instituciones y personas pueden distinguir un discurso “verdadero” de otro “falso”.

El saber y la verdad son árbitros de distintas luchas políticas, esto es, el saber es un recurso que por su naturaleza es objeto de lucha política. pero el saber no es sólo objeto del poder... es también instrumento de éste. No se trata sólo de que el saber sea voluntad de poder, esto es, envoltorio retórico que esconde sospechosas motivaciones ocultas; es que el saber, el conocer... es ya dominar. No es posible ejercer poder sin haberse apropiado previamente un saber. Y es que el saber no es sólo un objeto de deseo (una joya preciosa), ni siquiera es sólo una justificación del poder (una exótica máscara)..., sino que es uno de sus instrumentos de dominación más potentes: una lanza afilada, afiladísima. No se trata tanto de que el saber produzca efectos de poder, como de que *el saber es intrínsecamente poder*. Podemos separar el saber de una institución concreta de poder... pero no de su carácter intrínseco de poder. Poder y saber son las dos caras de la misma moneda: todo poder genera saber y todo saber proviene de un poder.

Por tanto, no se trata tanto de que el poder prohíba, como de que el poder produce saber. A cambio, ese saber será recompensado con creces: con dinero, con “estatus” científico... y con poder. El poder controla el saber ejerciendo distintos procedimientos de control del saber, por ejemplo silenciando aquellos discursos que no se encuentran dentro de los criterios definidos por este poder. Y es que el poder no puede dejar de incluir distintas estrategias de control e imposición que están determinando qué se puede mirar, sobre qué es posible hablar o de qué forma hay que pensar.

Por eso el saber no está, no se permite que esté, al alcance de todos, sino sólo al alcance de unos pocos elegidos. El discurso de la VERDAD pertenece a aquéllos que poseen el poder: aquéllos que dominan la

enseñanza, la publicación de libros o la distribución de fondos materiales. Sólo aquel que posee poder puede transformar un discurso en verdadero. Pues la VERDAD exige la existencia de un grupo de “decididores” que decidan qué discurso va a ser el verdadero y cuales otros no. Por eso el saber no circula libremente, por eso para acceder a él es necesario todo un ritual que no es más que un adoctrinamiento y un filtro: poseer una determinada cualificación y someterse a distintas reglas establecidas. He aquí una de las principales funciones de la escuela moderna. Así por ejemplo, el discurso de una determinada profesión pertenece sólo a unos pocos (los colegiados), que lo transmiten secretamente a otros pocos discípulos (los futuros colegiados). Y sólo entre estos elegidos (colegiados y futuros colegiados) es posible la circulación y la transmisión del saber. El saber mantiene el poder, haciendo inaccesible ese saber a los profanos (por ello mismo, potenciales herejes), mediante distintos malabarismos académicos: ritos universitarios, un incomprensible e intimidatorio lenguaje científico, etc. Esa lejanía entre la gente de la calle y las élites especialistas, se convierte en el salvavidas legitimador del saber... y del poder de los especialistas y de los expertos. Un saber que se hace poderoso al alejarse de la realidad de la vida cotidiana. Y una vez que se obtiene el poder... se obtiene también la garantía de la supremacía en el saber, pues quien tiene el poder acaba imponiendo sus definiciones de realidad y de la verdad.

Quien tiene el poder impone su saber, un saber que legitima el ejercicio de ese poder, con lo que una vez más el círculo se cierra y la necesidad mutua se realimenta. Ésta es la historia del matrimonio de conveniencia entre poder y saber, que es más que un matrimonio de conveniencia: forman una unidad inextricable. En definitiva, saber y poder, poder y saber se implican mutuamente. No existe saber independientemente del poder, pues el saber produce y mantiene poder, pero también el poder produce saber. Poder y saber se relacionan mutuamente, pues no hay relaciones de poder que no utilicen el saber, ni saber al margen de la lucha por el poder. No es posible desligar ambos aspectos. No existe sujeto u objeto de saber libre de poder, un poder que, por otra parte, no dudará en construir y utilizar el saber para lograr sus objetivos. No existe conocimiento independiente del sujeto que conoce... pero es que este sujeto que conoce no existe al margen de relaciones de poder. Poder y saber son, por tanto, dos aspectos inseparables, dos conceptos que se relacionan constructivamente. El poder genera saber y ese saber también está generando a su vez, poder. Son, casi podríamos decir, la misma cosa.

Este matrimonio de conveniencia entre el saber y el poder se refleja claramente en la escuela. Por un lado, sólo los niños que se adaptan a un saber previamente determinado (discurso propio de individuos dóciles y “normales”) tendrán éxito escolar. Quienes no se adapten a tal saber (por ejemplo, los miembros de la etnia gitana) fracasarán escolarmente y, por lo tanto, también socialmente, porque la escuela es un elemento clave en la lucha política contra estos grupos sociales. De ahí que la educación, que aparentemente debería garantizar el acceso libre al saber, supone un objetivo de lucha política, un claro objeto de poder, como muy bien nos recuerda Michel Foucault (1975/1998, p. 37): “*Todo sistema de educación es una forma política de mantener o modificar la adecuación de los discursos con los saberes y los poderes que implican*”.

La lucha por el saber es la lucha por el poder, de ahí la terrible batalla que, desde los tiempos de la Ilustración, libran la Iglesia y el Estado Moderno por dominar y controlar la educación. Reflexionar acerca del poder es reflexionar acerca de nosotros mismos. Y la escuela es un territorio privilegiado (al igual que la cárcel, la empresa o el hospital psiquiátrico) para estudiar el poder, pues en ella este poder se ejerce clara y explícitamente, a cara descubierta, sin máscaras. La escuela supone por tanto, un reflejo de la conflictividad de las tensiones internas entre grupos sociales en una sociedad tan compleja como la nuestra. De ahí la “crisis permanente” de la educación actual.

2. La escuela que tenemos: una fábrica de individuos sumisos y normales

La escuela construye un saber y explicita un poder. Y no se trata de un saber/poder negativo que vigila y castiga, sino de toda una tecnología positiva que define la realidad y construye una visión del mundo. Es preciso ir más allá de un saber/poder que censure, reprima o prohíba; hay que ir hasta una visión positiva del saber/poder como un sibilino mecanismo que gestiona y organiza nuestra vida cotidiana. El saber/poder no castiga o reprime, sino que, por el contrario, controla y somete construyendo individuos “normales” y, por tanto, sumisos. Y esta construcción va a comenzar en la escuela. Toda maquinaria de saber/poder, y la escuela evidentemente lo es, produce distintos efectos prácticos. Pues bien, la escuela produce un claro efecto: individuos dóciles y normales. He aquí el genuino curriculum oculto de una escuela que actúa como un útero artificial del que nacen individuos sometidos y normalizados. Pues sólo estos individuos sumisos y normales tendrán éxito en la escuela. Y tener éxito en la escuela supone, inevitablemente, un primer paso para tener éxito posterior en la “sociedad sumisa y disciplinada” en la que vivimos. La escuela está, por tanto, seleccionando y construyendo sujetos; pero evidentemente construye sujetos sólo en una dirección determinada: *sujetos individuales sumisos y normales*. Pero vayamos por partes.

2.1. Sujetos individuales

Para el buen funcionamiento de esta sociedad sumisa en la que vivimos, es preciso construir individuos dóciles y sumisos. Y el primer paso ineludible será construir individuos, esto es, individualizar. De ello se va a encargar la escuela. La individualización supone el primer e imprescindible paso para la docilidad y la sumisión. Una vez dado este primer paso, los siguientes serán mucho más sencillos. No se trata tanto de que la educación escolar sea individual... sino de que es *individualizante*. Las prácticas educativas están efectivamente construyendo individuos, están individualizando. El individuo no es un punto de partida de la escuela, sino por el contrario el punto de llegada, un genuino producto de toda una tecnología política individualizante. La individualización es la primera estrategia con la que el poder somete. Y la escuela es el instrumento individualizador más potente que existe. La escuela, al igual que el ejército o la cárcel, la fábrica o el monasterio, lo primero que hace es individualizar. Así, la figura del pupitre individual se convierte en una potente metáfora física de la individualidad resultante de la educación escolar. El maestro está construyendo en todo momento la individualidad: mediante el uso de exámenes y expedientes individuales, premiando a los chivatos, incitando a la competencia individual... En definitiva se trata de romper el grupo psicosociológico que supone el aula. Por otro lado, la escuela equipara éxito con éxito individual: en la escuela sólo importa la conducta y el rendimiento individual del sujeto, no las condiciones estructurales, ambientales o psicológicas a las que este sujeto... está efectivamente sujeto. La escuela, al centrarse en los méritos individuales y no en los determinantes socioeconómicos, supone una cortina de humo que trata de ocultar las injusticias socioeconómicas, así como su extraordinaria influencia en el rendimiento escolar. Es decir, la escuela está naturalizando el fracaso escolar al hacerlo pasar por fracaso personal del alumno individual. Esta función de la escuela es justificada y reforzada "científicamente" por la psicología, particularmente por la psicometría (los datos psicológicos) y por la psicología clínica.

La escuela es un eficaz instrumento por el cual el Estado sustituye a la comunidad por el individuo. Estamos ante una nueva "sociedad individualizada" formada por individuos dóciles y sumisos, por tanto, útiles para la producción capitalista. La individualidad supone, pues, la condición de partida para una sumisión total. Por eso el miedo al que los sujetos se reúnan o asocien. Y es que la educación surgió históricamente del temor que las clases poderosas tenían de las clases populares, más concretamente del temor a insurrecciones, revueltas y levantamientos. Y para hacer frente a ese miedo, nada mejor que individualizar. A las clases poderosas les interesa una sociedad de individuos aislados, y no una sociedad de comunidades. No se trata tanto de abortar el cambio de estructuras o la insumisión, como de prevenirlos mediante una eficaz individualización. Interesa una sociedad de individuos, pues el individuo es útil e inocuo políticamente: útil económicamente, pues es extraordinariamente productivo para la economía capitalista; a la vez que inocuo políticamente, pues su participación política en las decisiones importantes de la sociedad en la que vive es prácticamente testimonial.

2.2. Individuos sumisos y dóciles

La mejor manera de prevenir el cambio de estructuras y la insumisión es moldeando a las nuevas generaciones, pues todo niño es un potencial insumiso. La escuela va a actuar como un instrumento disciplinario encargado de imponer *sumisión*, esto es, de construir individuos dóciles y obedientes ante la autoridad. Y es que el sistema sociopolítico y económico en el que vivimos sólo es posible mantenerlo a través de la sumisión, una sumisión que constituye el combustible que hace funcionar todo el sistema estructural al que estamos sujetos. Vivimos pues, en una "sociedad sumisa". Y he aquí la obsesión de esta "sociedad sumisa": que nadie se desvíe de la norma, que nadie desordene el orden establecido. He aquí el derecho y el deber de nuestra sociedad: someter. Todos debemos ser sumisos, y el que se resista a esta sumisión no tendrá sitio en esta "sociedad vigilada y controlada". Éste es el panorama de nuestra sociedad: vigilancia y control a la diferencia insumisa y a la pluralidad de formas de ser y pensar. Toda insumisión al orden establecido está bajo sospecha, bajo vigilancia, y todo el excedente de diferentes e insumisos que esta sociedad genera han de quedar marginados de la participación ciudadana en la toma de decisiones políticas.

Y la escuela será un efectivo instrumento al respecto. La educación escolar persigue, entre otras cosas, fabricar sujetos útiles y productivos para el sistema socioeconómico y político, es decir, sujetos obedientes y sumisos. La escuela se erige en la maquinaria oficial (esto es, estatal) de

sometimiento. Una escuela que más que enseñar, adiestra. El sistema educativo es el agente de control social más perfecto que existe... por eso es más o menos similar en todas las sociedades actuales, tan distintas unas de otras. El educador sustituye, pues, al policía. Decía Napoleón que cada cura le ahorra cien gendarmes. Pues bien, el maestro y más aún el psicólogo son los herederos directos de los curas en una sociedad tan compleja como la nuestra. La escuela persigue, ante todo y sobre todo, la docilidad de sus miembros. El profesor enseña orden y disciplina en las clases, así como respeto a la autoridad. El profesor es, por tanto, más que un generador de saber, un domesticador de salvajes; un moralista que sutilmente impone la moral de la sumisión. Así, sólo los alumnos dóciles que se someten al orden escolar tendrán éxito en la escuela. Y es que si el niño no es sumiso en la escuela... difícilmente lo será en la Universidad o en la Empresa.

La escuela trata de someter a sus miembros, controlando tanto el tiempo como el espacio de éstos. Así, el niño experimenta en la escuela una ruptura con el espacio/tiempo al que está acostumbrado en su socialización familiar, en su vida cotidiana. La escuela supone todo un encierro espaciotemporal, similar al encierro que supone el Hospital Psiquiátrico para el loco, puesto de manifiesto por Michel Foucault en su *"Historia de la Locura en la Época Clásica"* (1962/1967).

La escuela está organizando el *espacio* de sus alumnos. Cada alumno tendrá un espacio y habrá un espacio para cada alumno. Así, éstos saben perfectamente qué hacer en cada espacio: en el aula, en el pasillo, en el patio o en el despacho del director. La arquitectura de las escuelas supone todo un monumento a la vigilancia y al control, pues en ellas el espacio está extraordinariamente organizado y controlado: forma y tamaño del edificio y del aula, iluminación, color de las paredes, temperatura... Un ejemplo evidente de ello será la distribución de los pupitres en el aula, una distribución (en filas y columnas) que favorece claramente la sumisión y el control por parte del profesor. El espacio del aula está organizado en torno al profesor y no en torno a los propios alumnos. El aula se distribuye espacialmente para escuchar al profesor (el único que habla) y para que éste pueda controlar perfectamente su aula, de igual manera que un sargento puede controlar a su tropa, curiosamente también distribuida espacialmente en filas y columnas en torno a dicho sargento. Esta distribución espacial del aula está impidiendo la comunicación cara a cara entre los alumnos, favoreciendo una escuela pasiva y sumisa al profesor (por supuesto el único que sabe, el único que tiene algo que ofrecer). Y es que un aula organizada espacialmente en torno al maestro es una perfecta metáfora del monopolio de éste a la hora de enseñar: sólo el maestro enseña, sólo él organiza el programa, sólo él elige las fuentes y autores, sólo él interpreta adecuadamente esas fuentes... y finalmente sólo él decide quién es buen alumno, quién pasará de curso.

Pero si importante es el control del espacio, más aún lo será el control del tiempo. La escuela, lo primero que hace es organizar y gestionar el tiempo de sus alumnos, a la imagen de las comunidades monásticas: un tiempo para cada cosa y una cosa en cada tiempo. Los alumnos tienen su tiempo perfectamente ocupado y organizado. El reloj, incluso el cronómetro, son instrumentos disciplinarios imprescindibles en toda escuela, como muy acertadamente nos pone de manifiesto M. Foucault (1975/1998, p. 158): *"A comienzos del siglo XIX, se propondrá para la escuela de enseñanza mutua unos empleos del tiempo como el siguiente: 8h 45 entrada del instructor, 8h 52 llamada del instructor, 8h 56 entrada de los niños y oración, 9h entrada en los bancos, 9h 04 primera pizarra, 9h 08 fin del dictado, 9h 12 segunda pizarra, etcétera"*.

El tiempo del alumno está completamente programado. Los niños aprenden perfectamente y desde muy pequeños, a organizarse temporalmente: tiempo de clase, tiempo de recreo, tiempo de exámenes, tiempo de vacaciones... ¡Ay del niño que no tenga o no sepa manejar un reloj! Que el tiempo es oro es algo que los alumnos van a aprender muy pronto, en una escuela implacable con aquellos que "pierden" el tiempo o que no son puntuales. La escuela está expropiando el tiempo a sus alumnos para organizárselo "correctamente".

Todo niño es un potencial insumiso, por eso hay que educar a estos niños en la disciplina, la obediencia y la sumisión. Así, los niños son desde muy pequeños vigilados, controlados y sometidos en la escuela. Una escuela que más que enseñar contenidos, enseña algo muchísimo más importante para el perfecto mantenimiento del orden social: disciplina y sumisión. Y aquel niño que no sea dócil y sumiso no pasará de curso. Nada de iniciativa... docilidad; nada de aprender a pensar por uno mismo. Nada de eso. Lo que la escuela enseña es a obedecer las órdenes sin pensar en ellas, a acatar la disciplina sin

cuestionarla... en definitiva, a ser sumisos. El niño ya no tendrá que pensar críticamente acerca del mundo en el que vive... tan sólo necesitará obedecer y ejecutar lo que se le ordene. Pero es por el bien de los alumnos que la escuela actúa así. Un alumno sumiso tendrá el éxito asegurado en esta “sociedad sometida” en la que vivimos. Objetivo, pues, cumplido. La escuela forma aquellos sujetos que van a ejercer el poder mañana. Y sólo los sumisos podrán ejercer ese poder. El mecanismo es evidente: sométete hoy para así poder someter mañana.

2.3. Individuos sumisos y *normales*

En la sociedad sumisa en la que vivimos, toda desviación de la normalidad política, económica, social o moral será silenciada y sancionada, reprimida y excluida. Por el contrario, todo aquel que se someta a la norma establecida será recompensado: con un trabajo, con dinero, un “estatus”, con prestigio... con poder. Hay que ser sumiso para ser normal... y normal para tener éxito en esta “sociedad sumisa”. El círculo, por tanto, se encuentra perfectamente cerrado. Todo está atado y bien atado: cara, yo gano; cruz, tú pierdes.

El niño ha de crecer normal y no torcido. Y será en la escuela donde se construya esa normalidad. La escuela favorece a la nueva clase media, la cual está definiendo un nuevo estatus de normalidad: nuevos valores, nueva imagen corporal, nuevo estilo de vida, nueva forma de interacción social... Así, el niño que no se adapte a las exigencias escolares será definido como “anormal”. ¡Qué cómodo resulta pensar que aquellos que no encajan en la escuela... es porque no son normales! Por tanto, aquellos niños que se encuentran más a gusto en la calle que en el pupitre, aquellos niños que prefieran el bullicio al silencio, el lenguaje coloquial al académico... serán etiquetados de “anormales”. Serán asimismo “anormales” aquellos niños rebeldes o insumisos, desordenados o inadaptados, excesivamente mimosos o dependientes, holgazanes o con una imaginación desbordante, inquietos o irritables...

La escuela será, por tanto, el primer instrumento institucional a partir del cual se va a reprimir y excluir a todos aquellos elementos que no encajen con la normalidad establecida. Y es que la diferencia amenaza la homogeneidad y estabilidad de nuestro orden establecido, y la escuela va a delimitar y etiquetar esa conducta diferente. La escuela se encuentra, pues, al servicio de la erradicación de la diferencia insumisa, esto es, supone un claro instrumento al servicio de la homogeneización de las distintas formas de vida, mediante distintos mecanismos represores destinados a mantener el “orden de las cosas”, frente a distintas herejías intolerables; herejías que suelen proceder... de nuestra vida cotidiana. Es más, es la presencia de herejías que desafían ese orden establecido lo que lleva a la construcción de toda una tecnología que establezca “pautas normales de actividad”. Y es que la escuela supone uno de los más genuinos mecanismos de definición primero y control después de la normalidad. La homogeneidad oficial de la escuela acabará imponiéndose frente a la heterogeneidad real de la vida cotidiana. La escuela actuará entonces transformando la heterogeneidad de partida... en una cómoda homogeneidad final. Así, los niños tras su paso por la escuela ya son fácilmente integrables en el sistema sociopolítico y económico establecido. La escuela actúa entonces homogeneizando, esto es, asimilando a los “desviados” del mundo de la vida cotidiana, a la “normalidad” oficialmente definida por esta escuela. La escuela funciona, por tanto, al igual que los exorcismos o los métodos inquisitoriales, como un mecanismo de control y erradicación de la diferencia insumisa, esto es, como una potentísima tecnología homogeneizadora.

Y todo este proceso homogeneizador será justificado a posteriori por la disciplina científica de la normalidad: la psicología (Álvarez-Uría, y Varela, 1994). La psicología define científicamente la normalidad, y no olvidemos que definir científicamente la normalidad... es ya una forma de crearla y dominarla. Como ya hemos visto, el saber es poder y una ciencia de la “anormalidad” es ya un primer ejercicio de control sobre ésta. La psicología es un instrumento de dominación que actúa a través de la normalización. La psicología supone la coartada científica de la imposición de una normalidad que no es, ni mucho menos, natural, sino social. La psicología disfraza la imposición sociopolítica de evidencia científica. La psicología naturaliza la normalidad, con lo que la hace ya incuestionable. Se trata pues de buscar una legitimación científica (así “son naturalmente” las cosas) a una imposición sociopolítica (así “deben ser” las cosas). La psicología está justificando el ejercicio del poder, en nombre de un saber: la necesaria y objetiva ciencia de la normalidad. Se trata pues, de vigilar, castigar y condenar

“científicamente”, toda desviación de la “normalidad psicológica” previamente definida. A continuación, el psicólogo actuará, por el bien del niño “anormal”, mediante una eficaz y efectiva terapia reparadora y rehabilitadora, esto es, normalizadora. Así, la psicología, al naturalizar la normalidad, la está legitimando, a la vez que se legitima a sí misma como disciplina (en los dos sentidos de la palabra). La psicología por tanto define la “normalidad” e interviene en la “anormalidad”, aunque convendría preguntarse con Foucault... ¿en base a qué criterios?, ¿a qué grupos sociales beneficia esa definición de “normalidad”?, ¿a qué grupos sociales pertenecen los “anormales”?, ¿quién, y en base a qué criterios, impone una intervención psicológica ante la normalidad?, ¿qué implicaciones sociopolíticas tiene esa intervención psicológica?

3. Algunas consideraciones finales

La escuela nace con la modernidad, concretamente con la Ilustración, para someter a los niños, para imponerles una moral puritana, así como una ética moderna del trabajo y la sumisión. La escuela va a ser utilizada por la nueva y emergente burguesía para conseguir el poder. La escuela es la nueva Iglesia de la clase media que busca el éxito social, como los feligreses la salvación, por medio del éxito escolar de sus hijos. Las clases medias depositan en sus hijos la esperanza de alcanzar cosas antes prohibidas para ellos. Esta clase media anhela poder y entiende que la mejor manera de lograrlo es a través de sus hijos, unos hijos que van a conseguir, gracias a la escuela, lo que ellos no tuvieron: poder. La lucha por imponer un modelo de escuela no es más que la lucha dentro de los distintos grupos sociales por imponer una definición de *saber* que les garantice una posición de *poder* tanto a ellos como a sus hijos. Pero para alcanzar ese poder/saber sólo hay un camino: que esos hijos sean sumisos y “normales”.

El capitalismo postindustrial sigue requiriendo, al igual que su predecesor el capitalismo de producción industrial, un capital humano adecuado. Y la escuela sigue siendo hoy día su más privilegiado yacimiento. La escuela es una fábrica de empleados para esta sociedad postindustrial en la que vivimos. Ella será la encargada de velar por la inversión que supone cada niño, a fin de obtener de él el mayor beneficio político-económico posible. Los niños de hoy serán los hombres del mañana; conviene, por tanto, moldear perfectamente esos hombres futuros para que puedan ser hombres útiles y no un estorbo. Es preciso, por tanto, someter a los niños para que se hagan útiles. La educación escolar no es más que un período de cuarentena para erradicar la insumisión, esa incómoda enfermedad infantil y juvenil. La escuela es la más potente tecnología de control y sometimiento pues es la única obligatoria. No es obligatorio ir a la cárcel o al hospital psiquiátrico, ni siquiera hoy día es obligatorio, afortunadamente, pasar por el ejército. Pero todos hemos tenido que pasar por la escuela. Y pobres los que no pasen por ella.

Michel Foucault nos muestra extraordinariamente en “*Vigilar y Castigar*” (1975/1998) cómo la falacia humanista consiste en hacernos creer que somos más libres... cuanto más sometidos estamos. Y la escuela será instrumento privilegiado en esa sutil y perversa falacia humanista. La escuela nos está sometiendo... a la vez que nos convence de que no estamos sometidos. El niño es ciertamente peligroso para el orden sociopolítico y económico establecido, pues es un potencial insumiso. Pero este niño “peligroso” se hará pasar por “niño en peligro” al que es preciso proteger, educándolo de acuerdo a distintos criterios psicopedagógicos. Aunque lo que realmente cuestionaremos es ¿quién, y en base a qué criterios psicopedagógicos tiene legitimidad para “proteger” a los “desvalidos y desprotegidos” niños?

Con la colonización de la educación por parte de la psicopedagogía, la psicología pasa de la minoritaria reinscripción social a la obligatoria educación. La psicología se asegura su implantación social a través de la escuela, al mismo tiempo que se reafirma la terrible falacia humanista foucaultiana. La psicología de la educación nos somete, a la vez que nos convence de que no estamos sometidos. La psicología está humanizando el control y la dominación por parte del poder. La psicología de la educación no reprime... sino que convence y seduce, no impone autoritariamente... sino que motiva al alumno para que se someta voluntariamente. La psicología de la educación en definitiva está actuando como un eficaz instrumento para que el individuo aislado acepte someterse voluntariamente a “la normalidad” que le ofrece el saber/poder.

Para terminar, preguntémosnos si es inevitable esta visión tan pesimista (aunque aquí se puede aplicar casi perfectamente ese dicho irónico de que un pesimista es un optimista bien informado): ¿Qué se puede hacer para evitar los efectos negativos de la escuela? ¿Posee la escolarización otros efectos positivos? No queremos terminar este artículo sin abrir una puerta a la esperanza. En efecto, estamos convencidos de los efectos negativos de la escuela serían menores y sus efectos positivos se verían maximizados, si se utilizara una metodología didáctica distinta a la tradicional, como es el caso, por ejemplo, del aprendizaje cooperativo (A. Ovejero, 1990), siempre con la ayuda de una formación intrínsecamente crítica de los profesionales de la educación: maestros, pedagogos, psicólogos (A. Ovejero, 2000).

4. Referencias bibliográficas

- Álvarez-Uría, F. y Varela, J. (1994). *Las redes de la psicología: Análisis sociológico de los códigos médico-psicológicos*. Madrid: Libertarias/Prodhufi.
- Foucault, M. (1962/1967). *Historia de la locura en la época clásica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1975/1998). *Vigilar y Castigar*. México: Siglo XXI.
- Ovejero, A. (1990): *El aprendizaje cooperativo: Una alternativa a la enseñanza tradicional*. Barcelona: P.P.U.
- Ovejero, A. (1999). *La nueva psicología social y la actual postmodernidad*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- Ovejero, A. (2000). Necesidad de una nueva psicología social: Perspectivas para el siglo XXI. En Ovejero, A. (Ed.). *La psicología social en España al filo del año 2000: balance y perspectivas*. Madrid: Biblioteca Nueva.